

# Lo que sea de cada quien

## Tras una biografía de don Sergio

Vicente Leñero

Desde principio de los años setenta, el periodista Luis Suárez y yo entablamos una cerrada competencia —disputa feroz— para ganar el derecho a escribir la biografía de Sergio Méndez Arceo, el valeroso obispo de Cuernavaca a quien luego de su muerte la alta jerarquía eclesiástica intentó devaluar desmontando la obra que realizó en su diócesis. Lo sucedieron obispos conservadores de infeliz memoria. Primero el sospechoso Juan Jesús Posadas —asesinado por narcos— y luego el tibio Luis Reynoso —que se cayó de una escalera y se murió. Hoy poco queda de aquél; de su espíritu ecuménico, de su pastoral de avanzada.

Pero en los años setenta y ochenta, don Sergio era una figura de resonancia mundial, un soplido de esperanza para quienes soñábamos en una iglesia evangélica. Por eso resultaba imperativo —nos parecía a Luis Suárez y a mí— escribir su biografía. Y por eso disputábamos.

Una tarde de domingo, luego de comer en la casa de Cuernavaca de Luis Suárez, ambos enfrentamos al obispo:

—Díganos de una vez don Sergio, ¿a quién le va a dar la exclusiva de su biografía?

—A mí me lo prometió —brincó Luis Suárez.

—A mí también —repliqué—. Acuérdese.

Don Sergio sonrió con ambigüedad y se puso a hablar de su viaje a Nicaragua.

Tiempo después, una noche en que el obispo cenaba en casa, Estela sacó el tema a colación:

—No puede dejar que Luis Suárez la escriba, don Sergio. Se la prometió a Vicente el año pasado.

Accedió don Sergio —no tuvo más remedio— y Estela organizó un programa de entrevistas en la casa episcopal de Cuernavaca.



Sergio Méndez Arceo

—¿Cuándo le viene bien para que empecemos? —pregunté.

—Qué les parece el próximo jueves en la noche. Ustedes lleven algo de cenar, yo pongo el vino.

Así lo hicimos. Estela preparó una canasta con quesos y jamones, y durante dos o tres horas, frente a una grabadora, don Sergio inició el relato de su niñez y su temprana vocación sacerdotal.

Fue la única entrevista que nos concedió. Después se hizo el occiso.

Aunque lo seguíamos viendo con frecuencia, Estela y yo no volvimos a tocarle el tema. Parecía evidente que don Sergio nada quería saber de biografías.

No era cierto, por desgracia. Años más tarde me telefoneó una tal Gabriela Videla, periodista chilena, a quien don Sergio había dado mi número telefónico para que

yo le ayudara a precisar algunos datos para su biografía del obispo.

—¿Está escribiendo usted una biografía de don Sergio? —me sorprendí.

—Con su autorización —respondió telefónicamente la mujer—. Le hice una serie de entrevistas y estoy terminando el libro.

Colgué furioso el teléfono, y furioso continuaba cuando me topé un jueves con don Sergio que había ido de visita a *Proceso*.

—¡Cómo me pudo hacer eso! —le grité delante de Julio Scherer—. ¡Me traicionó vilmente!, ¡me traicionó!

El obispo trató de explicar que aquella mujer había estado reuniendo material.

No lo dejé terminar la frase.

—¿Sabe qué, don Sergio?: ¡váyase mucho a la chingada! —Y me largué dejando atrás el azoro de Julio y del propio obispo.

El exabrupto había resultado más que excesivo —lo reconocí después—, y sólo gracias a las mediaciones de Estela logré reconciliarme poco a poco con él.

En 1982 apareció el libraco de Gabriela Videla, *Un señor obispo*, publicado pobremente por la editorial de *El correo del sur*. Aunque contenía buenas fotografías era un trabajo elemental: un panegírico repleto de elogios desmesurados.

Por mi hija Estela me enteré de la muerte de don Sergio en febrero de 1992, en el monasterio benedictino de Ahuatepec, cuando ensayábamos ahí, con el grupo teatral de Luis de Tavira, *La noche de Hernán Cortés*.

Ya no habitaba en mí el resentimiento sino los gratos recuerdos de aquel obispo que durante veinticuatro años nos había ayudado a transitar por los caminos de la fe al margen de las trapacerías eclesiásticas.

Lloré como si se me hubiera muerto otra vez mi padre. ▣